

# CUANDO TODO ESTÁ PERDIDO



MARTA ELÍAS





# **CUANDO TODO ESTÁ PERDIDO**

**Marta Elías**

Marta Elías Viana, 2013

1ª edición

Impresión: Bubok Publishing S.L.

Foto portada: Paseo Alfonso XII, Vigo

Impreso en España

ISBN: 978-84-616-5324-9

DL: VG 149-2013

*Dedicado a toda mi gente de Vigo,  
que me ha acogido tan bien  
y me ha hecho sentir en casa.*



## CAPÍTULO 1

- Un curso. Aguanta un curso – le dije a mi imagen en el espejo. Me quedé mirándola, como si ésta fuera a responderme lo que quería oír. “No mujer, no tienes por qué pasarlo mal. Vuelve a casa y todo arreglado”. Pero en vez de eso, quien habló fue mi conciencia. “Ya te has metido en esto, ahora te fastidias”.

Me hice una coleta, intentando recoger los mechones rebeldes que se me rizaban sobre las orejas. Respiré hondo dos o tres veces y miré el reloj. Estupendo, iba a llegar tarde en mi primer día de clase. Bajé la estrecha escalera con cuidado. La barandilla había visto tiempos mejores y no quería empezar el curso con un miembro roto. Cogí la llave de repuesto y abrí la puerta.

- ¡Julia! ¿Cuándo vas a volver? ¿Sabes? – preguntó mi abuela, apareciendo en el recibidor.

- No lo tengo claro, por si acaso no hagas comida para mí.

Mi abuela se marchó mascullando algo, sin despedirse. Quería pensar que ella era así, y no que yo le molestara. En maldito momento me pareció buena idea dejar mi Francia natal y mudarme a Vigo a terminar la carrera. Se había quedado viuda hacía un año, y a mi padre le preocupaba que se quedara sola. Yo ya llevaba dos años viviendo en Perpignan, estudiando filología hispánica. Me ofrecí a trasladarme, pensando en lo bien que me vendría para mi futuro currículum. Dominaba el idioma perfectamente, puesto que lo había hablado toda la vida con mi padre, pero me daría mucho más prestigio haber estudiado en el propio país de origen. Y al llegar y ver el panorama se me cayó el mundo a los pies. Estaba acostumbrada a la soleada Narbona, donde crecí, y a la residencia luminosa y llena de vida de Perpignan. La casa de mi abuela era una choza lúgubre y ruinoso que se mantenía en pie por puro milagro.

Perdí el autobús por los pelos y, como suele pasar, el siguiente tardó una eternidad en venir. Llegué tarde, me confundí de aula, me di cuenta de que había cometido un error



en la matrícula y algunas clases eran a la misma hora y me senté a estudiar el calendario a ver cómo podía arreglarlo en un banco recién pintado. Todo lo que podía torcerse se había torcido aquel día. Estaba mentalmente agotada cuando cogí el autobús de vuelta.

Aún faltaban unas cuantas paradas para la mía cuando el conductor anunció que el trayecto se terminaba allí. No me enteré del motivo, no me quedaba más paciencia. Bajé y saqué el móvil para usar la aplicación de la compañía de autobuses de Vigo. Empecé a andar, maldiciendo la aplicación que jamás te decía los horarios correctos. Ni las paradas. Ni las líneas que pasaban por éstas. De hecho, no entendía por qué continuaba mirándola. Guardé el móvil con un bufido y decidí, tras media hora de pie bajo la lluvia en una parada sin marquesina y sin que apareciera ningún autobús, que conocía la ciudad lo suficiente como para arriesgarme. Es más, mi día había sido tan horrible y tenía tantas ganas de llegar a casa que estaba dispuesta a coger atajos. Y eso hice. Lógicamente, me perdí.

Quise alcanzar la calle paralela, que era una avenida grande que desembocaba en el ayuntamiento. Desde ahí estaba a unos metros de casa, pero para ello tenía que conseguir encontrar por donde acceder a la calle Camelias. En esa zona había un gran desnivel hacia la ría de una calle a otra, y entre ellas no siempre había una unión. Si la había, solía ser en forma de escalinatas cruzadas y apiñadas entre los altos edificios, semi cubiertas de vegetación.

Cuando había ido de pequeña en coche por esas calles, recuerdo que me daban miedo porque imaginaba cualquier cosa escondida allí en la oscuridad. Pero en ese momento ni se me pasaba por la cabeza nada peor que el día que había tenido. Solo deseaba encontrar una de una maldita vez. Me metí por una callejuela que no tenía ni acera. Hacia las funciones un paso de peatones minúsculo en un lateral.

Al llegar a una parte particularmente estrecha entre un edificio y un muro de piedra, me topé de frente con un coche

familiar gigantesco que quería pasar. Tuve que arrimarme lo más posible al muro para que pasara. La mujer que iba al volante conducía extremadamente lenta. Cosa comprensible en otras condiciones, pero que a mi me estaba exasperando por momentos. En el muro había un hueco, el dintel de una vieja puerta de madera. Me metí en él para evitar que me atropellara, ya que la conductora no era muy hábil. Pero no ví un pequeño escalón y perdí el pie. Caí hacia atrás y mi espalda chocó con la puerta, cuya madera era vieja y debía estar podrida. Cedió y me vi en el suelo en medio de un charco de barro. Me quedé aturdida por un momento, antes de incorporarme y soltar una maldición a voz en grito. Inmediatamente miré a mi alrededor y vi al fondo, al otro lado de un descuidado patio, el esqueleto de una antigua casa en ruinas a medio devorar por una autentica selva de arbustos y malas hierbas. No quise ver más. Las casas abandonadas me daban aún más miedo que las escaleras escondidas. Reparé en que en algunas de sus puertas y ventanas tapiadas, alguien había abierto agujeros. Me levanté rápidamente, deseando que no hubiera ninguna colonia de drogadictos o maleantes por allí que me hubieran escuchado y salieran a investigar.

Cuando me disponía a salir, un brillo metálico junto al suelo me llamó la atención. Estuve a punto de ignorarlo, pensando que sería alguna jeringuilla o algo así, pero sin saber por qué me detuve. Parecía una clase de joya. Metí la mano en el barro para extraerlo. Era uno de esos medallones antiguos con un relieve en el centro. Tenía un nombre pero lo no recordaba. Lo observé detenidamente. Era muy bonito, tenía tallado el busto de una chica joven y muy guapa, con el pelo recogido y mirada perdida. “Muy vintage”, pensé. Me lo guardé en el bolsillo de los vaqueros y salí de allí lo más rápido que pude.

Apuré el paso y al fin conseguí llegar a la calle que buscaba. Continué todo recto hasta que avisté el desproporcionado ayuntamiento. Los funcionarios que trabajaban allí debían de gozar de fabulosas vistas sobre la ría, pero los escasos turistas

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

